

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— IX —

El punto de partida y el punto de llegada de todas mis actividades en Atenas es la plaza Síntagma, la plaza de la Constitución, con sus grandes cafeterías y bares al aire libre y enmarcada por modernas edificaciones. Ciertamente, si sobre los edificios no estuvieran los enormes anuncios de neón con nombres de marcas muy conocidas en letras griegas, y si no se escuchara el idioma nacional, esta plaza podría estar en cualquier otro lugar del mundo. Tiene la impersonalidad de todo sitio de turismo de cierta importancia. Allí encontré a Mynas. A Mynas Pedicoyanis.

Lo cierto es que lo había visto todos los días acompañado de bellas turistas americanas, alemanas, italianas, que se yo, con todo ese pequeño mundo de viajeros que hoy es y mañana desaparece, pero que mientras subsiste es un hervidero de menudos problemas, de amores fugaces, de estrechísimas amistades de unas pocas horas. Alguien me dijo que Mynas podría arreglarme todo lo relacionado con el alquiler de un automóvil para mi viaje por el Peloponeso y, sin que yo sepa cómo, travé amistad con él. Claro, tenía la solución de todas mis dificultades. El plan de viaje, el mejor; su automóvil, el mejor; su precio, el mejor. Y yo, desde luego, me puse en sus manos. Mynas es de estatura regular, tiene un oscuro pelo ensortijado y los ojos azules; su aire atlético y su piel soleada deben ser de un atractivo irresistible para las turistas. A mí, me sedujo la sonrisa desde el primer instante. Su sonrisa y su manera de muy refinada amabilidad. De otro lado, la perspectiva del negocio fue credencial suficiente para entrar en su círculo que, no creo que sea necesario confesar, era su más fascinante aspecto.

Ya no estoy solo, pues, y esta noche vamos a ir a "Las Nueve Musas". Es un bar, me ha dicho Mynas, en lo más secreto de Plaka. Solamente para amigos especiales. Allí se reúnen los artistas, los estudiantes, la gente más joven y alegre, para tomar una copa de coñac o de uzo. Queda en las estribaciones de la Acrópolis.

Mi visita al museo Benaki en donde se admiran las magníficas colecciones de arte bizantino con sus íconos admirables, las joyas islámicas de

extraordinario valor, los maravillosos textiles coptos, se vio perturbada por la idea de mi nocturna correría. Ahora pienso que no vi este museo, aun cuando esa tarde de la visita fue una de las más largas de mi vida.

Antes de la hora concertada ya estaba en Sintagma recorriendo nerviosamente todos los bares de la plaza, fumando un cigarrillo tras otro, asaltado por el temor de ver frustrados mis planes. Pero Mynas estuvo a la hora exacta y con su suave manera me invitó a tomar una copa. "Espero a dos chicas americanas que nos acompañarán". Hizo un guiño malicioso, se acercó los dedos recogidos a la boca para indicarme el sabor de la fábula, y luego alzó los brazos al cielo para explicar por medio del gesto algo inenarrable. Mynas conoce perfectamente el inglés, el francés, el italiano y lee muy bien el español, aun cuando lo habla con mucha dificultad. Me explica que es un guía de Grecia, "graduado". Para esto, es necesario tener una educación universitaria con estudios de arqueología y de historia, además de conocer perfectamente varios idiomas. Pero Mynas se ha retirado ya. Su negocio es hacer conexiones con las agencias de turismo y arreglar dificultades. "No existe un problema que yo no le pueda solucionar en toda Grecia. Desde este bar puedo hacer un programa perfecto en Creta, en Rodas, en Olimpia. No hay dificultades para mí". Me dice sin suficiencia alguna, más bien con un tono que me parece modesto. Lo he visto actuar y me tiene perfectamente convencido su eficacia. Además, sabe de poesía. Conoce a Neruda y a García Lorca. "Puedo escribir los versos más tristes esta noche..." me recita con cierta dificultad, y cuando percibe mi asombro, exclama jubiloso: "Ah! Yo se muchas cosas que tú no te imaginas". Y me habla de Odiseos Elytis, uno de los mejores poetas de la moderna Grecia.

No necesito del licor para sentirme en un grado de exaltación maravillosa. Mynas me parece fantástico, casi irreal, sobre todo cuando me está presentando a sus amigas, que se excusan por unos minutos de retraso, porque les fue difícil conseguir un taxi en el Hilton. Lina, es alta y su pelo oscuro; un poco reservada desde el principio; Eleine, es dorada.

La fineza de Mynas ha dejado en mis manos toda iniciativa. Mis ojos no se apartan del cuidadosamente despeinado pelo a la *garçon* de Eleine; tomamos un coñac y cuando subimos al automóvil ya hemos resuelto que debo llamarla Helena simplemente. Mynas conduce hacia Las Nueve Musas. Yo pienso en la conquista de Troya, pero me sobresalta la idea de hacer la obvia referencia literaria. A lo lejos escucho a Mynas detallando el programa de la noche que habrá de rematar, hacia la madrugada, en un pequeño restaurante desde el cual se puede contemplar la bahía del Pireo, y donde un amigo suyo canta las mejores canciones de la tierra.

Mynas es el rey de las "Nueve Musas". De todas las mesas lo llaman, del bar lo llaman y en el teléfono lo están reclamando. Saluda, abraza, besa, y se pasea por el pequeño salón como un torero después de la mejor faena. Lo cierto es que me siento incómodo con toda esta popularidad y con este prestigio de que goza la mesa en que estoy sentado. Nuestras acompañantes llamaron la atención un momento, solo por un momento; luego continuó Mynas como centro de la general atracción. Oigo hablar holandés, alemán, inglés, francés, sueco y... español. ¡No puede ser! Dejo la

mesa y me acerco. Es un francés que está haciendo una demostración de sus conocimientos de español a unas chicas danesas. Una de ellas habla un poco y el muchacho lo pronuncia como un madrileño completo. "He estado estudiando en España". Me explica.

Lina y Helena están fascinadas con Mynas y con el "ambiente". Los muebles toscamente hechos en madera concuerdan con las melenas enmarañadas de los estudiantes que beben *uzo*, con las sandalias de las lindas muchachas, con el aire despreocupado de todos los concurrentes. "Como en México". Me dice Helena con una felicidad increíble, porque Helena ha estado en México. Es la primera vez que le escucho la comparación que después me repetirá muchas veces. Viene de una gira que la llevó hasta Teherán, y me habla de Estambul y de Beirut, pero nada como México! "¿No viste alguna vez el burro que tomaba coca cola?... ¿Y el burro que tomaba cerveza? ¡Algo fantástico! ¿No los viste?". Tuve que reconocer que mi conocimiento de México era realmente superficial, porque nunca se me presentó oportunidad de contemplar tales fenómenos.

Su naricilla levemente atigrada aspira con sensualidad el ambiente "mexicano", con cierta gracia comunicativa, pero al hablar parpadea, como queriendo ocultar su verdadero pensamiento. El deseo y la embriaguez me llevan a pensar que jamás en mi vida he conocido una mujer tan bella, tan pérfida, tan estúpida y tan dulce al mismo tiempo. Experimento toda una gama de sensaciones, y recorro en mí mismo todos los reinos de la naturaleza, desde la amiba hasta la efervescencia de los cielos dorados, pasando por el estado vegetal y el animal, con todas sus ferocidades. El parpadeo de Helena no debe ser más misterioso que mis propias preguntas y respuestas, que parecen no dar trascendencia a nada de lo que hablamos.

Cuando Mynas se toma unos tragos empieza a explicarles a los americanos cuáles son sus fallas en el gobierno del mundo. Sobre todo, cuáles son sus equivocaciones con la izquierda en este siglo y por qué tienen perdida su batalla. Ahí está al frente, dando a Lina una lección de estrategia en la política mundial. Coloca vasos sobre la mesa para indicar las distintas fuerzas y sus posibilidades; hace cambios para señalar los avatares históricos. Y con una sonrisa de triunfo remata: "En esta forma la llevan perdida!". Luego subraya, muy seriamente: "Lo cierto es que yo soy partidario de Norteamérica, pero no puedo compartir la tontería de quienes la dirigen". Para Lina, no puede haber una verdad superior, ni nada más evidente que las afirmaciones de Mynas. Helena, discretamente, no comparte el entusiasmo de su compañera.

Luego hablamos de mi viaje. Puntos fundamentales señalados por Mynas son Metéora, Rodas, Creta. La última isla era el único de estos lugares considerado en mi programa. Pero Mynas lo tiene ya todo preparado en su infinita sabiduría, pues Helena va a hacer recorrido idéntico al mío tocando estos extremos de Grecia.

Dejamos "Las Nueve Musas" con su espeso ambiente de humo y de voces indescifrables. Las poderosas fuerzas del brandy griego, nos llevan casi por el aire en una especie de danza, hasta el automóvil de Mynas. Y henos aquí en una taberna del Pireo. Mynas está en todo el esplendor de la gloria en "su" mirador de la prodigiosa bahía. Comemos pececillos tos-

tados con vino blanco de Samos. A lo lejos se ven las luces centelleantes de los barcos anclados. Stelios, el patrón, con una voz oscura, canta acompañado por la guitarra. Canta canciones griegas, con unas inflexiones y con unos acentos que nada tienen que ver con la música occidental. En su voz misteriosa encuentro la puerta y el principio de Asia: una dimensión inusitada para mí, que se entra suavemente hasta regiones escondidas de la sensibilidad, para despertar imprevistos continentes, mares ignotos, planetas de otras constelaciones. La canción resplandece en los ojos de Helena. ¿Qué dirá esta melodía que nos llega como un precioso sonido cubierto de inscripciones? La bahía está a nuestros pies como una inmensa sala de pizarra que rasga luces verdes, azules, rojas desde la corona blanca que la circuye. Y más lejos la gran masa nocturna con sus presagios; más allá las Cícladas y sus pequeños pueblos blancos que duermen en los umbrales asiáticos.

Dos días después dejamos a Atenas, Juan, nuestro conductor me saluda con un claro y sonriente "good morning", en la puerta de mi hotel. Cuando le indico que debemos pasar por el Hilton para recoger a Helena, descubro que estas dos palabras son las únicas que conoce en inglés. Mynas me había prometido un guía bilingüe, pero ya no hay nada que hacer. Aprenderé un nuevo idioma, el de las señas y el de los gestos, que mi conductor domina maravillosamente. Juan es pequeño, elegante, fornido, y posee una simpatía muy contagiosa. Todas las dificultades las disuelve en una sonrisa y ningún contratiempo parece conmover su genio admirable.

Enrumbamos con la mañana por la autopista que arranca del norte de Atenas con dirección a Tesalónica. Nuestra meta en este día será Meteora, con sus monasterios tan famosos como los del Monte Athos. Está situada en la mitad del camino entre las dos grandes ciudades en el propio corazón de la península. La soberbia mañana despliega un azul imperial sobre nuestra ruta que cruza tierras de pastores. Rebaños de ovejas y de cabras y muchachos silenciosos que vagan por las tierras ondulantes, que cumplen su oficio pacientemente como en los tiempos de Homero, y el mar, que se asoma de vez en cuando para repetirnos su voz innumerable. Borricos que se atraviesan en la mitad de la carretera, "como en México", insiste Helena, para decirme que no se ha equivocado.

Llegamos al paso de las Termópilas y allí nos detenemos para hacer una devota visita. Hay un monumento conmemorativo sobre una gran explanada, y por más que hago una minuciosa composición de lugar, no entiendo cómo pudieron cumplir los soldados griegos su famosa hazaña. Cerca está Lamía, en donde almorzamos. Es un pueblo de campesinos sin este interés turístico que nos lleva. Lamento no poder detenerme y hablar en su propio idioma con esas gentes que llevan su pobreza con una especie de solemnidad pausada, profunda, con un peso de viejas edades. Comemos en el mejor restaurante de la ciudad en donde están los popes, los funcionarios públicos, las personas importantes. Hemos de pagar con una buena dosis de dracmas nuestra condición de turistas, por nuestra consumición de pescado frito. La ciudad huele a sudor de caballo, a tufo de res, a almizcle de cabra.

Continuamos el camino. Karditsa, Tríkala, dos pueblos de campesinos con un ambiente muy semejante a Lamía. Cada vez que penetramos un poco más en el centro de Grecia, empiezan a aparecer los trajes típicos que visten las gentes del campo. Severos, de colores pardo o negro, con adornos rojos y lilas. Casi todos los hombres lucen grandes bigotes; majestuosos bigotes de increíbles tamaños. Hay paz y respetabilidad en sus movimientos pausados. Allí no ha llegado la turbulencia de nuestro siglo y parece que admitirán apenas, con cierto desgano, el paso de los automóviles y de los extranjeros. Para ellos son más importantes, desde luego, sus bestias, que ocupan las calles y las plazas con esa posesión imperturbable de los siglos. Los contemplo como gentes de otras épocas que nos miran sin curiosidad desde la cima de una paz que no cambia.